

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 51.

Sevilla.—Sábado 2 de Marzo de 1901

AÑO XXV.

El poder moderador

En estos momentos desfilan los hombres políticos por el despacho de la Reina Regente, y depositan en sus manos los respectivos papeletos, que contienen la opinión y el juicio sobre el estado actual de la política y la conveniente solución que ha de darse á la crisis. Consultas y juicios que pueden ser el resultado de la convicción de los consultados, ó responder á la conveniencia del grupo ó partido que acudilla ó representan, pero que de ningún modo pueden significar los verdaderos latidos de la opinión, de esa opinión que se ha manifestado potente, vigorosa, en las calles de las grandes ciudades, demandando reformas y pidiendo la expulsión de la Compañía de Jesús y de las órdenes monásticas no autorizadas.

Todas esas consultas son de gentes de casa, de personas de la familia, que si representan matices diversos, no pueden ofrecer garantías de ningún género á la opinión, que demanda ya mucho más que el sistema de las contemplaciones y la política de campanario que representan todos los señores que han merecido la distinción del poder real para escuchar su consejo ó leer unas cuantas cuartillas trazadas de su mano.

Lo mismo el viejo progresista que el flamante político á la moderna, que casi acaudilla la hueste conservadora que forman esos disidentes que todos se consideran cardenales papables, no pueden salir del reducido círculo de sus mesnaderos, ni romper con el convencionalismo de este artefacto constitucional que protege á los pocos privilegiados contra la gran masa de ciudadanos que quiere radicales y efectivas y trascendentales reformas.

Si fuéramos á sumar, fuera de los elementos oficiales y de unos cuantos funcionarios públicos cesantes, la fuerza efectiva, la influencia de esa flor y nata de los caballeros de la política, estamos ciertos que no representan el uno por mil de los ciudadanos españoles; y como de esto hay que descontar los consejos de los que resulten desairados, queda sólo la insignificante representación de uno de esos tres factores; de forma, que vamos á salir de una crisis en la que, á vuelta de consultas, de opiniones y de juicios, aun suponiendo el mayor acierto, siempre vendrá la solución contra el clamor unánime de los españoles que no quieren á Sagasta, ni á Silvela ni á los neutros, sino que la Nación aspira á mayores y más amplios horizontes, á una política sinceramente democrática y francamente favorable á los intereses de la comunidad española, más humana y más liberal que los moldes actuales consienten, más expansiva para el desarrollo de las ciencias y de las artes, más inclinada á fomentar la riqueza del país y á sacar á las clases productoras del estado de penuria y de miseria en que se hallan. Más civil, mucho más civil, en que el Estado lo sea todo y la religión no sea nada en la vida civil y en las relaciones humanas.

Si los hombres políticos pensaran algo, el consejo hubiera sido declarar á la potestad real que todos, absolutamente todos los consultados, han fracasado una dos, tres veces, siempre que han estado al frente de los destinos públicos, y que lo que se imponía era demandar el concurso, solicitar la opinión y apelar á la consulta del pueblo, única que hubiera ofrecido frutos ópinimos de regeneración y soluciones claras para salir de la postración en que se halla la Nación.

La opinión del pueblo, la consulta al país, hubiera sido más nueva, más eficaz, y su opinión seguramente más desinteresada é informada en las verdaderas necesidades públicas, analizando las causas de los desastres y atacándolas de frente, para restablecer el imperio del derecho y el equilibrio de esta sociedad, perturbada por frailes, jesuitas y políticos y mercaderes, que la han explotado indignamente.

¿Qué trascendencia tan grande habría tenido el acto del poder público, si demanda opinión y pide consulta al pueblo!

Así hubiera conocido lo que quiere España, y la solución fácilmente habría ido al desenlace

de la crisis, sin peligros ni riesgos, que han de venir, sea cualquiera el resultado de las consultas hechas.

A. A.

Murmuraciones

El artículo con que *El Liberal* de Sevilla refuta hoy el empujón que ayer le dió *El País*, está muy bien hecho. Es una catedral chiquitita que parece estar adornada con los arabescos de la sinceridad, pero... como se asienta sobre bases de papel hueco, se vendría al suelo al primer soplido.

No somos nosotros—uno de los aludidos—los que habremos de soplar para que se derrumbe el bonito artificio.

Sincera y honradamente exponemos nuestras opiniones sin mezcla de insidia, y no tenemos interés alguno en malquistarle con nadie; antes al contrario, porque le deseamos mucha vida y grandes triunfos, nos duelen lo que nosotros estimamos equivocaciones del colega.

Al hacer hoy la confesión de que desea vivir entre el sí y el no, ó sea como el alma de Garibay, entre el cielo y la tierra, ó, más claro, entre los reaccionarios y los liberales, sirviendo á todos con la mayor independencia, no nos dice nada nuevo.

Pero, como sus principios no fueron así, sino que, al contrario, parecían tirar por los amplios derroteros de las ideas libres, de las creencias que se sienten, del ambiente que se respiraba... nos dolieron sus tropezos.

A él le va bien en su tina de calamar; ¡que buena pro le haga!

Nosotros, por lo que vale y por lo que representa, quisiéramos tenerlo á nuestro lado... ¡y se nos va á la derecha de Mencheta!

Y ese es el coraje que nos da.

Por lo demás... dispárenos otro artículo del Marqués de Pickman, ¡pero corrijaselo al pobre, digo, al rico señor!

Porque estaba infernal.

¡Como de marqués!

La crisis sigue su marcha, es decir, la marcha esa de consultar opiniones entre las personas serias encargadas de salvarnos celebrando conferencias. Dicen los conservadores que ellos ganan la pelea; y afirman los liberales que se sientan á la mesa.

Por su parte, don Tancredo, (Tetuán el duque) espera ser llamado á concentrarse con todos los ropas sueltas que viven de la política esperando que les llueva una credencial decente que les salve la existencia. Gamazo tiene esperanzas, porque ha hablado con la reina, y ésta le ha dicho que tiene gran talento en la cabeza.

De modo, que no hay motivo que nos produzca tristeza: ¡treinta notabilidades salvar á la patria esperant...

En Oporto ha habido motín contra los jesuitas y contra los proveedores de los jesuitas. Las turbas escandalosas, cansadas de chillar, se dirigieron hacia la casa de un tal Pestana, que debe de ser allí lo que aquí es Comillas, por ejemplo.

Comenzaron á gritar y apedrear la casa del tal Pestana, cuando... oigamos:

«Entonces Pestana apareció en la reja, sosteniendo en la mano izquierda un crucifijo, al mismo tiempo que, con un revólver que llevaba en la derecha, hacia tres disparos sobre la multitud.»

En la izquierda el crucifijo, para que éste viera cómo disparaba con la derecha.

Y el muy animal de Pestana estaría diciendo: —¡Dame acierto, Señor, para matar á tres ó cuatro!... ¡Viva la Religión! ¡Pum! ¡Viva Jesús! ¡Pum! ¡Viva la Virgen María! ¡Pum, pum!

El diario del arzobispo de Sevilla, comentando algunos artículos de *El País*, exclama hoy:

«Así discurre *El País*, y porque así discurre, es el oráculo de las tabernas, los bodegones, los garitos y los lupanares.»

¿En qué academia de esas se ha clasificado el colega arzobispal?

Porque él diariamente lo lee y lo comenta, y eso prueba que no le disgusta.

¿Es usted taberna, bodegón, garito ó lupanar?...

El Sr. D. Pascual Cervera ha sido ascendido.

Pocos ascensos tienen la justificación que el de este invicto marino, que fué el que condujo á la victoria á los buques españoles en la memorable batalla naval de Santiago de Cuba.

Su indomable valor fué pasmo de los enemigos, y su nombre será inscripto con letras de oro—á falta de diamantes—en el frontispicio de las puertas del templo de la inmortalidad.

¡Ave, Cervera! ¡Morituri te salutant!

Venid y vamos todos con flores á... Maura:

«La familia del Sr. Maura parece destinada á lograr celebridad tristísima. El cuñado de Maura, Sr. Ribot, cayó del gobierno civil de Cádiz por verse envuelto, justa ó injustamente, en la defensa de los repugnantes estetas, á quienes se les había dado cartilla y patente de corso en el mundo de los vicios contra natura. El Sr. Maura quiere cimentar su fama de letrado, poniéndose al servicio de las hijas que alentan contra sus madres; de las monjas estúpidas que niegan los afectos más dulces de la humanidad, negando el vientre de donde salieran.»

El ejercicio de la abogacía, por muy rebajado y decaído que esté á veces, no puede descender á complicidades tan repugnantes. Está bien que falten al Código moral aquellos que no lo conocen: no aquellos que tienen obligación de conocerlo.»

Parece, después de leído lo anterior, que ya no se puede decir más.

Pues, no; Rodrigo Soriano no se contenta con eso, sino que es hombre que remata la suerte.

Y sigue:

«Siquiera, en otros siglos, las gentes de esa calaña vivían en barrios aparte: los reyes castellanos, las Repúblicas italianas, les tenían reclusos en la Judería. El judío más famoso de la historia, Sylock, es decir, el *Mercader de Venecia*, protagonista del sublime drama de Shakespeare, se quejaba amargamente de que no le dejaban salir de su barrio.»

Al Sr. Maura se le deja ser ministro y hasta padre de familia.

Hay una providencia, por más que quiera negarla con sus actos el jesuita y archichupacirios Sr. Maura. Esta providencia castigó á otro jesuita, el Sr. Pereda, con terrible pena. Había escrito este nauseabundo clerical un famoso libro contra los suicidas: *De tal palo, tal astilla*. Pedía para los infelices que atentaran contra su vida los castigos todos del infierno, y les negaba otra sepultura que no fuera las taudes de alimañas y fieras devoradoras de cadáveres insepultos.

La Providencia castigó terriblemente á Pereda, con bárbara pena, digna del atentado contra la civilización y la humanidad que cometiera el novelista montañés. Un hijo de Pereda se suicidó...

¡Dios libre al Sr. Maura de represalias iguales!

Y si no lo libra, tendrá el consuelo de todo buen católico.

Quienes, si les cae encima una teja ó un fraile, exclaman con la mayor mansedumbre mirando al cielo:

—¡Dios mío!... ¡Lo mereceré!

El País, dando su voto acerca de la crisis:

«¿Quiénes son los responsables directos de esas enfermedades que devoran á España? Sus gobernantes durante los últimos veinticinco años. ¿Quiénes han sido esos gobernantes? Los conservadores y los liberales. ¿Con quiénes se intenta ahora mismo seguir gobernando? Con los liberales y con los conservadores. ¿No es esto una idiotéz?

Nuestro voto es bien claro. No queremos ni conservadores ni liberales. Lo menos que se puede hacer con los médicos que pusieron al borde del sepulcro al enfermo, es prohibirles que sigan recetando.

Sólo la pretensión de conservadores y liberales al poder constituye una injuria intolerable. Todos esos hombres debieran estar, ya que no ahorcados, que fuera lo mejor, alejados para siempre de la vida pública.»

Preferiríamos lo de ahorcados.

Porque así se evitan muchos disgustos.

CARRASQUILLA.

El cuñado de D. Germán

Hay personas que nada son, nada significan por sí mismas. Para que, al hablar de ellas las

conozcan, hay que expresar el parentesco que las liga á otras. Así es muy frecuente oír en la conversación familiar: «Ahí va el hijo de la rubia»; «mire usted al esposo de la generala»; «ese es el marido de la Tellez».

Hay quien pierde su personalidad al casarse con una mujer de luz propia, con un actor de primera magnitud. Esto sucede á los que se casan con actrices, con *divas*, con literatas ó con princesas. El príncipe, actor ó *triple* consorte, pierde su nombre al casarse, y pasa á ser el esposo de la princesa, el marido de la Patti, la tiple de los cuatro maridos.

Hay en la política española personajes únicamente famosos, distinguidos ó simplemente conocidos por el grado de parentesco ó amistad que las liga á otra persona, á veces inferior á ellos en méritos positivos.

Así López Domínguez, mientras vivió el general Serrano, no fué más que «el sobrino de su tío»; Diego Luque nos ha dejado su nombre y apellido porque fué «el amigo inseparable de Egullaz»; en grupo conocemos á los amigos de Gayarre, y en legión á los de Romero Robledo.

Alguno de ellos cree de buena fe que Campoamor será inmortal por amigo de Romero, no por poeta.

Hay suegros famosos.

De uno, de nuestro amado papá político, no se puede hablar; otro lo fué el marqués de la Puente y Sotomayor, acaso el mayor suegro de todos; el marqués de la Viesca ha progresado y *caciqueado* sin otro mérito ni más servicios que ser consuegro de Martínez Campos.

Vernos hay muchos: Vicenti, Mochales; pero el verdadero, el verdadero yerno, el yerno por autonomasia, es D. Fernando Merino. Cuñados no faltan; pero el legítimo, el más conocido, es don Antonio Maura.

Fenómeno digno de estudio! Maura vale infinitamente más que su cuñado; tiene talento, cultura, una palabra elocuentísima, es entre los modernos el mejor orador parlamentario y forense; su figura es elegante, su rostro simpático pues con todo y con eso no es más, no será más que el cuñado de Gamazo.

¡Qué desgracia! Maura me inspira más lástima que aquellos hermanos siameses unidos por el cordón umbilical. Está de por vida sujeto á la tutela de un tipo vulgar, de una medianía indigesta, de un usurero antipático.

El hombre inteligente se halla supeditado al marrullero; el que podía volar se arrastra para imitar á su cuñado; el que tiene cualidades para ser el primero, está condenado á ser un segundón.

Maura, uno de los muchos hijos de una familia pobre de las Baleares, vino á estudiar derecho á Madrid. Era pobre, su vida muy parecida á la de aquellos estudiantes que en Alcalá ó Salamanca entraban al servicio de condiscípulos ricos.

Conoció en las aulas á los hijos de la mujer de Gamazo, una señora viuda y santanderina, y á cambio de repasos, apuntes, explicaciones, aquéllos le dieron su amistad. D. Germán se fijó en aquel estudiante pobre é inteligente y quiso protegerle. Le protegió, en efecto, pero como puede protegerle un usurero acaparador de granos. Fué el muro que libró al arbusto de la helada, privándole de luz y de aire libre, con lo que jamás pasó de arbusto lo que pudo ser árbol frondoso y corpulento.

Gamazo dió esposa, influencia, asuntos á Maura, quien todo lo ha encontrado hecho, no ha necesitado luchar, y por esto acaso, valiendo mucho, es una figura de segunda fila.

Se me ocurren todas estas reflexiones al leer en todos los periódicos el nombre de Maura unido al asunto de la señorita Ubao. Se ha dicho que el cuñado de Gamazo iba á sostener una querrela de la señorita Ubao contra su madre por supuesto malos tratamientos. Se ha conatado también que Maura, antes de presentar el escrito al juzgado, consultó á los letrados señores Díaz Cobeña y López Puigcerver. Maura ha desmentido el aserto. Acojamos como buena su negativa. Ya está. No ha habido querrela, ni encargo, ni intención siquiera.

Perfectamente: todo fué un sueño, una invención reporteril. ¡Pero no dice nada á Maura el hecho indudable de que nadie haya encontra-

do inverosímil la noticia? A nadie ha extrañado que Maura diputado, Maura exministro, Maura lumbrera del foro, se presentara a sostener una mala causa. ¿Es que se le tiene en mal concepto? ¿Es que es un politicastro de oficio, un vividor inmoral? Nada de eso. A Maura se le tiene en concepto de hombre honrado. Pero es cuñado de Gamazo, y como tal se confiesa semanalmente con el P. Garzón, y es juguete de los jesuitas.

Si Gamazo y su cuñado fuesen dos creyentes, se les respetaría, como se ha respetado en sus creencias a Moyano, a Sorní, y como se respeta al general Azcárraga, *chirigotas* aparte.

Pero Gamazo y su cuñado son más que creyentes, fariseos. Como éstos rezan en las plazas y en la sinagoga, a gritos; dan muestras públicas y exageradas de piedad. No rezan como manda Cristo, secretamente: oran donde haya quien los vea y quien lleve el cuento de su piedad a donde ellos quieren que sea conocida.

Comulgan todos los domingos. Si *banquetean* en viernes no de cuaresma, llevan su escrupulosidad hasta quitar del *menú* los platos de pescado para no promiscuar. En todo lo externo son más exigentes que el mismo clero. Maura (D. Antonio) es más escrupuloso, observante de ceremonias y pequeñeces rituales, que su hermano el obispo de Orihuela.

En cierta ocasión tuvo Gamazo que ir a Santander a un asunto de familia. Había de estar allí en domingo, y se cruzaron infinidad de telegramas para que D. Germán, así que llegara, pudiera oír misa en el oratorio de su hotel.

¿Es ese un acto de verdadera religiosidad o de farisaica hipocresía?

¿Se comprende ahora que se admita en el cuñado cuanto se resiste uno a creer en don Antonio Maura?

ROBERTO CASTROVIDO.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

El Imparcial dice que la entrada de Silvela es naufragio seguro.

Un periodo de oposición será la única manera de restablecer su prestigio y autoridad.

Los liberales deben venir ahora que tienen margen bastante para hacer elecciones y aprobar los presupuestos.

En el recuento de consultas adviértese a Silvela en minoría de aquellas.

El gobierno de concentración tiene más votos.

Respecto de los liberales afirmase que el mismo Sagasta pidió el advenimiento, en caso de ser imposible otra solución.

La impresión última es que la reina pedirá a Silvela que forme Gobierno de concentración conservadora.

Como a Silvela le falta el concurso de Tetuán, declinará el encargo.

Lo intentará Azcárraga sin resultado, y entonces se llamará a Sagasta.

La consulta con López Domínguez duró una hora, y la entregó por escrito.

Dijose que concuerda con las manifestaciones suyas que publicó *El Liberal*.

Fracasados los partidos turnantes, hay necesidad de un gobierno nacional democrático.

En otro caso, prefiere a Sagasta.

La consulta de Romero Robledo fué extensa. Solicita benevolencia por su franqueza y sinceridad y hace protesta de su adhesión al trono.

No urgen los presupuestos, urge la reorganización de los servicios para resolver la cuestión que plantearon los grandes sucesos pasados.

Ante esto nada significa el interés de los partidos que monopolizan el poder.

La crisis afecta al régimen, al Gobierno de la monarquía y a la legalidad que conquistó el pueblo liberal en sangrientas guerras civiles.

Más de dos años hace que vivimos en la anomalía, suspendidas constantemente las garantías y en estado de guerra, so pretexto de temidas rebeliones.

Esta primera cuestión debe resolverse, pues ninguna institución puede basarse en la fuerza.

Ni gobiernos ni egoísmos gobernantes tienen especiales simpatías en el país.

Que en el trono brille la monarquía por su imparcialidad en las contiendas de los partidos.

Los Gobiernos necesitan de la disciplina del ejército para ser obedecidos y desafían la opinión y urge terminar el duelo entre el país y la fuerza pública.

La monarquía necesita el servicio de todos, pero no debe llamarse a los causantes de los males.

Liberales y conservadores con idéntico programa y procedimiento, están igualmente fracasados.

El país ansía algo nuevo.

Hay agrupaciones abnegadas, no ensayadas, que tienen programa y viven alejadas

del poder, infructuosamente preteridas como patrias.

Ha llegado el caso de ser llamadas, demostrando la reina que no hay partido ni privilegios.

Es la única solución que abrirá el porvenir y disiparía las sombras.

Para ese gobierno, de profundas convicciones democráticas y elegido por la confianza en su carácter liberal fuera de los dos partidos, constaría mi concurso.

El Correo, examinando la consulta de Romero, lamenta que los factores que defienden la concentración se limiten a censurar a los partidos históricos, a negarles condiciones y a llamarles incapacitados, cuando ellos pertenecieron a esos mismos partidos y contribuyeron a los fracasos.

Cree que el Gobierno de concentración fomentará la indisciplina y la confusión política.

La Epoca combate a los elementos disidentes lamentando que se les haya dado beligerancia llamándoles a las consultas.

Esto fomenta la indiferencia y la confusión política.

La Correspondencia pide nuevo gobierno, con nuevas ideas y nuevos rumbos que debe rectificar y enmendar para no volver pasos atrás.

Debe continuar la historia de España y no la historia política.

Terminadas las consultas, hay expectación, ignorándose a quién llamará la Regente.

Esta conferencia por telégrafo con Montero Ríos.

Dícese que la reina aspira a un Gobierno de concentración para mantener las Cortes.

Es opinión general que tropezará con dificultades invencibles.

Canalejas celebró conferencia con Sagasta durante siete cuartos de hora.

Apojaría un Gobierno liberal con programa de reformas radicales.

La conferencia de la Regente con Montero, duró hora y cuarto.

Supónese que dió un consejo análogo al de Sagasta.

Un ministro dimisionario deca que a la concentración sólo le falta el concurso de Silvela y si éste lo diera, se formaría.

De lo contrario puede despedirse del poder la unión conservadora.

El Diario Oficial de Guerra publica convocatoria al 15 de Mayo para exámenes de ingreso en las Academias militares.

Se admitirán 50 en Infantería, 6 en Caballería, 12 en Artillería, 6 en Ingenieros y 6 en Administración.

No cubrirán plaza los hijos de militares muertos en campaña.

DEL EXTRANJERO

En Londres, el *Daily Mail* dice que nueve columnas persiguen a Dewet.

French continúa las correrías de ganado al Este del Transvaal.

Luis Botha hállase en Ermelo, amenazado por la retaguardia de French.

En Marsella aumenta la huelga.

Calculáse que abandonaron el trabajo 12,000 obreros.

Un grupo de 500 intentaron asaltar un buque.

Rechazólos la policía.

Los barcos zarpan con cargamentos incompleto.

Témense desórdenes graves.

Confírmase que Máximo Gómez se retiró de Santo Domingo, declarando humillante el vivir en Cuba bajo el yugo yanqui.

En Oporto la manifestación liberal fué multitudinaria.

Dieron vivas a la libertad y visitaron las redacciones de los periódicos y el Consulado del Brasil.

El cónsul contestó agradeciendo.

La muchedumbre apedreó el domicilio del jefe de los legitimistas.

Este apareció en la puerta ostentando un crucifijo y disparando un revólver.

Desde las ventanas y balcones salieron otros disparos.

Siguió la pedrea, intentándose incendiar el edificio.

La policía dió cargas.

Fueron apedreadas las Asociaciones católicas.

Sigue sin confirmar el rumor sobre capitulación de Botha.

Noticias del 26 indican que continuaba al Norte de Middelburgo.

En la Cámara de los Comunes al negar el gobierno la capitulación de los irlandeses en el Transvaal, escucháronse aplausos frenéticos.

¡SIN TRABAJO!

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, encuéntranlo frío, como obscurecido con la tristeza que se desprende de una ruina. En el fondo de la sala principal, la máquina está silenciosa, con sus brazos delgados, sus ruedas inmóviles; y ella, cuyo soplo y movimiento animan habitualmente toda la casa, con los latidos de su corazón de gigante, incansable en la faena, agrega al conjunto una melancolía más.

El amo baja de su despacho, y con aire de tristeza dice a sus obreros:

—Hijos míos, hoy no hay trabajo... Ya no vienen pedidos, de todas partes recibo contraórdenes, voy a quedarme con las existencias entre las manos. Este mes de Diciembre, con el cual contaba; este mes, que otros años es de tanto trabajo, amenaza arruinar las casas más fuertes... Es preciso suspenderlo todo.

Y al ver que los obreros se miran unos a otros, con el espanto que les imbuye la idea de volver a casa, con el miedo del hambre que les amenaza para el día siguiente, añade en voz más baja:

—No soy egoísta, no, os lo juro... Mi situación es tan terrible, más terrible tal vez que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil pesetas. Hoy paro el trabajo para no ahondar más la sima; ni siquiera tengo los primeros cinco céntimos de la suma que necesito para mis vencimientos del 15...

Ya lo veis, os hablo como un amigo, nada os oculto. Tal vez mañana mismo vengan a embargarme. No es nuestra la culpa ¡no es cierto! Hemos luchado hasta última hora. Hubiera querido ayudaros a pasar días de apuro; pero todo ha acabado, estoy hundido; no tengo ya ni un pedazo de pan para partirlo.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos minutos permanecen allí, mirando sus herramientas inútiles, con los puños cerrados. Otros días, desde el amanecer, las limas cantaban, los martillos marcaban el ritmo; y todo aquello parece que duerme ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias que no tendrán que comer la semana próxima.

Algunas mujeres que trabajan en la fábrica sienten las lágrimas humedecer les los ojos. Los hombres quieren aparecer más resueltos. Se hacen los valientes diciendo que la gente no se muere de hambre en París. Luego, cuando el amo los deja y le ven alejarse, encorvado en ocho días, abrumado tal vez por un desastre de mayores proporciones que las confesadas por él, van saliendo uno por uno, ahogados por la angustia, con el corazón oprimido, como si salieran del cuarto de un muerto. El muerto es el trabajo, es la máquina grande que permanece muda, y cuyo esqueleto se destaca siniestro en la sombra.

II

El obrero está fuera de su casa, en la calle, en medio del arroyo. Ha paseado las aceras durante ocho días sin encontrar trabajo. De puerta en puerta ha ido ofreciendo sus brazos, sus manos, ofreciéndose él en cuerpo y alma para cualquier faena, para la más repugnante, la más dura, la más nociva. Y todas las puertas se han cerrado.

Entonces se ofreció a trabajar por la mitad del jornal; pero las puertas permanecieron cerradas. Aunque trabajase de balde no se le podría admitir. Es la paralización del trabajo, la terrible paralización que toca a muerto para los que habitan en las buhardillas. El pánico ha paralizado las industrias, y el dinero, cobarde, se ha escondido.

Al cabo de ocho días todo ha concluido. El obrero ha hecho una tentativa suprema, y ahora vuelve con paso tardo, con las manos vacías, abrumado de miseria. La lluvia cae; aquella tarde, París inundado de barro, aparece fúnebre. El hombre va andando, recibiendo el chaparrón sin sentirlo, no oyendo más que su hambre y deteniéndose para llegar menos pronto. Inclínase sobre el parapeto del Sena; el río, cuyo caudal ha aumentado, corre con un rumor prolongado; la espuma blanca se desgarran en salpicaduras en uno de los tramos del puente. Inclínase más: la colosal riada pasa debajo de él lanzándole un llamamiento furioso. Después, piensa que sería una cobardía, y se va.

La lluvia ha cesado. El gas flamea en los escaparates de las joyerías. Si rompiese un cristal, tomaría pan para algunos años con abrir y cerrar la mano. Las cocinas de los *restaurants* se encienden, y detrás de las cortinas de muselina blanca ve gentes que comen. Apesura el paso, vuelve a subir a los barrios extremos, encontrando en el camino las asadurías y pastelerías de

todo París comilón, que se exhibe a las horas del hambre.

Como la mujer y la pequeña lloraban por la mañana, les ofreció llevarles pan por la tarde.

No se ha atrevido a decirles que había muerto, antes de que anocheciera. Al ir andando preguntase cómo entrará y qué les contestarán para que tengan paciencia. Sin embargo, no pueden permanecer más tiempo sin comer. Probaría aún, pero la mujer y la pequeña son muy débiles.

Un momento se le ocurre pedir limosna; pero cuando una señora ó un caballero pasan al lado y él intenta alargar la mano, su brazo se paraliza y la voz se ahoga en su garganta. Entonces permanece plantado en la acera mientras los transeúntes adinerados le vuelven la espalda, creyéndolo borracho al ver su semblante de hambriento.

III

La mujer del obrero ha bajado a la puerta de la calle, dejando arriba a la niña dormida. La mujer es muy delgada: lleva un vestido percal. El viento helado de la calle la hace temblar.

Ya no le queda nada en casa; todo lo lleva al Montepío. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar una casa. La víspera vendió a un trapero el último puñado de lana de su colchón; el colchón se fué así; ahora no queda más que la niña. Allá arriba la colgó delante de la ventana, para impedir que entre el aire, porque la niña tiene mucho.

Sin decir nada a su marido, ella también buscado por su parte. Pero la falta de trabajo alcanzado con más dureza a las mujeres que a los hombres. En la meseta de su cuarto oyó unas desgraciadas que lloran durante la noche. Encontró una de pie en el rincón de una otra ha muerto, otra ha desaperecido.

Afortunadamente, ella tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Vivirían sin apuros si falta de trabajo no les hubiese despojado de todo. Ha agotado el crédito: debe al panadero al especiero, a la frutera, y ya ni siquiera atreve a pasar delante de las tiendas. Por tarde fué a casa de su hermana a pedirle peseta prestada, pero allí encontró también miseria, que se echó a llorar, sin decir nada. Las dos, su hermana y ella, estuvieron llorando mucho tiempo. Luego, al marcharse, la otra le llevó un pedazo de pan si su marido volvía a algo.

El marido no vuelve. La lluvia cae; la mujer se refugia en la puerta; grandes gotas de agua caen a sus pies; un polvillo de agua atraviesa la falda. A ratos se impacienta, se echa a llorar; a pesar de la lluvia, va hasta el final de la calle para ver si ve a lo lejos al que espera. Y cuando vuelve toda mojada, pasa la mano por sus bellos para escurrir el agua; aún cobra paciencia sacudida por cortos calofríos de fiebre.

Los transeúntes al ir y venir la codean; el pobre mujer se encoge cuanto puede para no molestar a nadie. Los hombres la miran frente y, a ratos, siente alientos calientes que rozan el cuello. Todo el París sospechoso, la calle con su lodo, sus claridades crudas y el ruido de los coches, parecen querer cogerla y arrojarla al arroyo. Tiene hambre, pertenece a todo el mundo. Eufrente hay un panadero, y la pobre mujer piensa en la pequeña, que duerme arriba.

Después, cuando al fin el marido aparece rondando como un miserable las paredes de las casas, se precipita a su encuentro y le mira tristemente.

—¿Qué hay?—dice balbuceando.

En vez de contestar, el obrero baja la cabeza. Entonces la mujer sube la primera, pálida como la muerta.

IV

Arriba la pequeña no duerme. Se ha despertado y está pensando enfrente de un cabo de hilo que se extingue en un extremo de la mesa. Y no se sabe qué pensamiento terrible y doloroso pasa sobre la faz de aquella chicuela de siete años, con rasgos serios y marchitos de miseria hecha.

Está sentada sobre el borde del cofre que sirve de cama. Sus pies desnudos tiemblan de frío, sus manos de muñeca enfermiza aprietas contra el pecho los trapos con que se cubre. Siente allí una quemadura, un fuego que quisiera apagar. Está pensando.

Nunca ha tenido juguetes. No puede ir a la escuela porque no tiene zapatos. Recuerda cuando era más pequeña, su madre la llevaba a tomar el sol. Pero aquello está lejos. Fué preciso mudar de habitación, y desde aquella época parece que un gran frío sopló dentro de su casa. Desde entonces nunca ha estado contenta; siempre ha tenido hambre.

Es una cosa profunda en la cual penetra poder comprenderla. Pues qué, ¿todo el mundo